

pasando por Puruándiro, en ruinas y desierto también, resuelto á tomar la ciudad de Guanajuato, cuya posesión le proporcionaría inmensos elementos. La indisciplina de sus tropas, el valor impetuoso, pero insensato de las mismas; la falta de serenidad y de obediencia de sus soldados y oficiales en los momentos más críticos; y finalmente, la envidia y el egoísmo de algunos jefes insurgentes que sólo proporcionaron al General Mina el desecho de varias comandancias, en vez de poner bajo sus órdenes numerosos elementos y soldados aptos para el combate, ayudando al héroe navarro á la organización de una fuerza verdaderamente poderosa, uniéndose sinceramente al glorioso guerrero que había abandonado su vida de bienestar y de lujo para combatir por la independencia de México; determinaron la derrota de Guanajuato, que llenó de amargura, aunque no de abatimiento, al invicto combatiente. El asalto fué rechazado con vigor y acierto por los realistas y las fuerzas de Mina sufrieron pérdidas considerables. Esta derrota, única, pero definitiva, determinó la catástrofe del héroe, quien hubiese alcanzado éxito brillante en muy breve tiempo si le hubiera sido posible ponerse en contacto con patriotas verdaderamente abnegados y acertados, como Mier y Terán, don Vicente Guerrero y don Guadalupe Victoria. El General Mina, con una escolta de cuarenta hombres de caballería y treinta de infantería, después del desastre de Guanajuato, pernoctó en el Rancho del Venadito, propiedad de un íntimo amigo suyo, don Mariano Herrera. El sacerdote que iba á decir misa al día siguiente dió aviso en Silao al jefe realista, Orrantia, de que Mina, con muy pocos soldados, acampaba en el citado lugar. En la madrugada del 27 de Octubre de 1817, Mina fué sorprendido por la fuerza enemiga; pudo escapar, pero con la abnegación y el valor característicos

de su noble espíritu, salió sólo y sin armas para reunir á sus soldados y defenderse del enemigo. Desgraciadamente todos sus hombres estaban dormidos y sus caballos pastando lejos de la finca, y tanto Herrera como Mina fueron aprisionados y conducidos á la presencia de Orrantia; este jefe, comportándose vilmente, insultó á Mina que estaba atado, llamándole traidor; Mina contestó altiva y fieramente á esas injurias y entonces el cobarde Orrantia lo golpeó con su sable, de plano; Mina, indignado, le dijo estas valientes palabras: «siento haber caído prisionero; pero mucho más por estar en poder de un hombre que desconoce el honor del soldado y el honor español.»

Mina sufrió un proceso brevísimo, no comprometió á ningún jefe insurgente en sus declaraciones, demostrando en su bella actitud moral, grande amor y fidelidad á la independencia de México; escribió á un compatriota suyo, Erdozain, que continuara luchando con fe y perseverancia por la causa de la libertad; fué llevado unos días después á Silao y condenado á muerte, se le condujo cerca del Fuerte de los Remedios; y la tarde del 11 de Noviembre de 1817, mientras insurgentes y realistas combatían en el Fuerte glorioso, el heroico Mina fué pasado por las armas. El noble General Mina iba á cumplir veintiocho años, poseía una arrogante y muy hermosa figura; marchó al suplicio con serenidad admirable, diciendo á los soldados que debían dispararle, con aquella su potente voz, sonora y vibrante, habituada al bélico mando y á fortificar como una copa de vino á quienes la escuchaban: «no me hagais sufrir.» La homicida descarga sonó y el héroe cayó «hacia adelante», como si al morir quisiera abrazar y fecundar con su sangre esta tierra mexicana que amó tanto!

La personalidad de don Francisco Javier Mina puede servir de ejemplo en la Historia de la humanidad, y merece vi-